

LA FELICIDAD



DE LAS BUENAS FAMILIAS

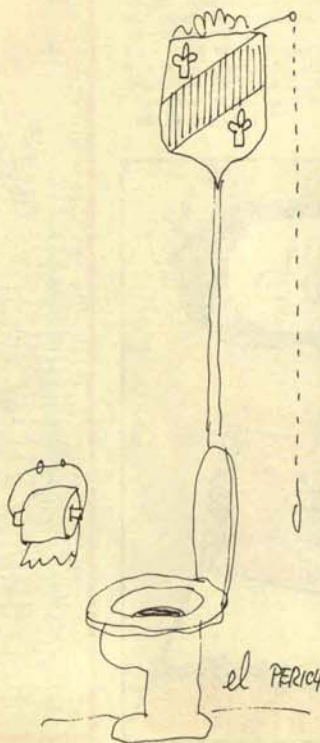
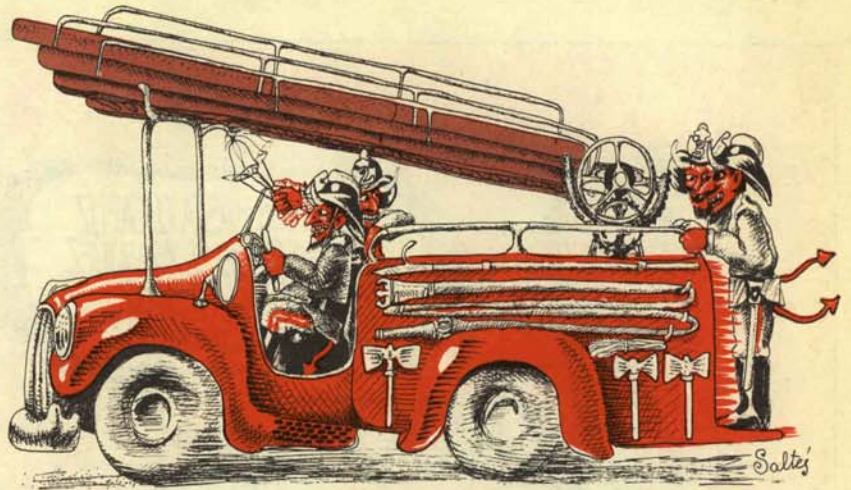
Las buenas familias, integradas en su mayoría por gente tradicionalmente considerada de bien (aristocracia, alta burguesía y otras hierbas adyacentes y trepadoras), también son felices. Felices a su manera, pero felices. Porque la felicidad no es un atributo exclusivo de los seres humildes, esos seres que se contentan con no pasar hambre todos los días y que tienen sus esperanzas puestas en los plazos del televisor y en los subsidios sociales. No, la felicidad es otra cosa, algo más profundo. Digamos que la felicidad es el estado placentero del ánimo y que se es feliz, por tanto, cuando se ve sufrir a los semejantes y uno advierte entonces que las cosas no le iban tan mal como pensaba. Por eso, las buenas familias ven todo de color de rosa, porque saben comparar sus pequeñas desilusiones con las irreparables tragedias de sus lacayos y demás siervos. Ahora se explicará el incauto por qué la gente de bien tiene tanta servidumbre a su alrededor: pues para eso, para estar como unas castañuelas.

De todos modos, ser feliz, a secas, no basta. Al menos ésta es la teoría de las buenas familias. La felicidad ha de demostrarse, ha de enseñarse para que cause envidia y para desmoralizar al prójimo. De ahí que las buenas familias sólo sean felices en

aparición; es decir, a partir de la puerta de la calle. Normalmente, esta clase de gente, aunque sonría y le bailen los ojos, aunque no quepa en su pellejo y dé saltos de alegría, está hecha la puñeta. Sus hogares son como nidos de culebras, donde los padres se ponen los tarros cada dos por tres y los hijos aprenden el juego. Ahora, eso sí, una vez que están en la calle, en sociedad, sus conductas son impecables. Se desmiente todo rumor de adulterio, se presume de armonía conyugal, se dice que la prole promete y se pone a parir a las familias que en verdad son trigo limpio. Vamos, que la felicidad propia se construye a base de descorchar mucha calumnia y de dar culto a la careta y al antifaz.

Con lo fácil que sería para ellos, a quienes todo les es permitido, decir, por ejemplo, yo no engaño a mi mujer, lo que pasa es que ahora amo a otra. O mi marido no es lo que dices, lo que pasa es que ahora estoy chiflada por tal galán. O, los hijos ésta vez, nosotros no engañamos a nadie, y no por educación, sino porque nos va mucho el cambio de piel. Porque en amor —sinónimo de felicidad— vale todo, siempre que se de la cara, claro, la cara o lo que haya que dar.

EL TAMPAS



UN IMPUESTO MUY MORAL

A partir del primero de mayo, y a la vista de los estragos que viene produciendo la proclamación de la primavera combinada con la caída de abrigos, entrará en vigor un nuevo impuesto, aplicable a todos los ciudadanos que muestren grados anómalos de excitación de la libido. Dicho impuesto, que ha sido calificado

por un alto funcionario como «uno de los más morales de nuestra historia tributaria», será cobrado «ipso facto» en la vía pública, metro, autobuses, taxis y demás etcéteras, por agentes que observarán debidamente a los viandantes.

La tarifas variarán con arreglo a la siguiente escala:

	Pesetas
● Miradas furtivas, de reojo o inevitables, dada la bondad de la observada.	25
● Miradas descaradas y miradas acompañadas de suspiro o escalofrío ...	32
● Miradas continuas con secreción de saliva y sudores pertinaces ...	114
● Miradas con súplica de proyecto táctil ...	247
● Visible excitación con metamorfosis.	382
● Paso a la acción ...	934

A los casos extremos se les aplicará una vacuna correctiva, consistente en la inoculación

a la vena de una solución de bromuro al 34 por 100.

O PREGONEIRO